

Índice

<i>Introducción</i>	13
1. Llegan las noticias y todo cambia.....	27
2. Es la hora de las despedidas.....	43
3. Reconstruyendo el futuro	59
4. El plan entra en el mercado.....	79
5. Ha surgido una idea... pero ¿funcionará?.....	101
6. La clase ha comenzado.....	121
7. Una boda inesperada.....	141
8. Una nueva alegría llama a la puerta.....	161
9. Peligro en la noche.....	185
 <i>Epílogo. Kabul Jan, Karweyan y la fe de Kamila en la buena suerte</i>	 203
 <i>Agradecimientos</i>	 217
<i>Bibliografía</i>	223
<i>Fuentes</i>	231

Introducción

Aterricé en Afganistán por primera vez una fría mañana de invierno del año 2005 después de dos días de viaje que me llevaron desde Boston hasta Dubai vía Londres. Me escocían los ojos y la cabeza me daba vueltas. Como estaba demasiado agitada para dormir me pasé toda la noche despierta en la Terminal II de Dubai esperando el vuelo de la compañía aérea Ariana con destino Kabul, que estaba previsto que despegara a las seis y media de la mañana. La aerolínea afgana instaba a los pasajeros a llegar al aeropuerto con tres horas de antelación, lo que hacía que no tuviera mucho sentido buscar un hotel. Los vuelos que salían antes del amanecer y cuyos destinos figuraban en el gran panel informativo de color negro parecían una guía directa a los lugares más exóticos del mundo: Karachi, Bagdad, Kandahar, Luan-da. Me di cuenta de que era la única mujer del aeropuerto y, sentada en la esquina del alféizar de una ventana de la sala apenas amueblada de la Terminal II, esperaba a que se cargara mi teléfono y trataba con todas mis fuerzas de hacerme invisible. Pero podía sentir las miradas de desconcierto de los hombres vestidos con sus holgados *shalwar kameez* cuan-

do pasaban por delante de mí mientras empujaban los carritos metálicos para el equipaje, abarrotados de maletas atadas con gruesas cuerdas marrones. Los imaginaba preguntándose qué narices estaba haciendo esta joven aquí sola a las tres de la mañana.

Para ser sincera yo también me lo preguntaba. Me metí en el baño de mujeres que estaba vacío y acababan de limpiar para cambiarme mi modelo de Boston, que consistía en un jersey gris de cuello alto, unos vaqueros Kasil y unas botas de piel marrón inglesas, por unos pantalones negros muy anchos, una camiseta negra de manga larga, unos Aerosoles negros y unos calcetines negros. La única concesión de color que me permití fue un jersey suelto de color dorado que compré en una tienda *vintage* de Cambridge, Massachusetts. Mi amiga Aliya me había dejado un pañuelo negro de lana y forcejeé para ponérmelo por encima de cabeza y hombros, tal y como me había enseñado cuando estábamos sentadas juntas en un cómodo sofá en su habitación de la residencia de la Escuela de Negocios de Harvard a miles de kilómetros —y mundos— de distancia. Ahora, veinticinco horas después, de pie y sola en un baño aséptico de Dubai me cubrí y recubrí con mi chal una docena de veces hasta que conseguí que estuviera pasable. Me miré en el espejo y no me reconocí. «No pasa nada», dije en voz alta a mi reflejo de aspecto preocupado. «El viaje va a ser estupendo». Con una falsa seguridad me di la vuelta sobre las suelas de goma de mis zapatos y salí del baño de mujeres.

Ocho horas después bajé las escaleras mecánicas hacia la rudimentaria pista del Aeropuerto Internacional de Kabul. El sol brillaba con fuerza y el aire invernal desprendía un aroma a quemado —fresco aunque impregnado de un olor a gas— que subió directo a mi nariz. Me tambaleaba al tratar de mantener en su sitio el pañuelo de lana de Aliya a la vez que arrastraba mi equipaje de mano naranja detrás de mí. Tenía que parar cada pocos metros para colocarme el velo. Nadie me había avisado sobre lo difícil que era perma-

necer tapada en movimiento y mucho menos cuando llevas una maleta. ¿Cómo era posible que las mujeres que me rodeaban lo consiguieran hacer con tanta soltura y elegancia? Quería ser como ellas; en cambio, tenía un aspecto ridículo, como un patito extranjero y torpe que camina entre los cisnes del país.

Esperé una hora en el aeropuerto de estilo década de 1960 fascinada por los armazones de los tanques rusos que seguían aparcados a lo largo de la pista, muchos años después de que los soviéticos se hubieran ido de Afganistán. Conseguí pasar por el control de pasaportes con rapidez y sin ningún incidente. «Por ahora todo va bien», pensé. Pero entonces, una vez pasada la aduana, toda la gente que me rodeaba empezó a dispersarse con rapidez en diferentes direcciones, mostrando una determinación que a mí claramente me faltaba. Sentí una fuerte punzada de angustia en el estómago al darme cuenta de que no tenía ni idea de lo que hacer o adónde ir. Los periodistas que viajan a lugares remotos y peligrosos normalmente trabajan con «mediadores», hombres y mujeres locales que te organizan los viajes, las entrevistas y el alojamiento. El mío, un joven llamado Mohamad, no estaba por ningún lado. Hurgué en mi cartera en busca de su número de teléfono indefensa y asustada pero tratando de parecer tranquila y entera. ¿Dónde podría estar?, me pregunté. ¿Se habría olvidado de la americana, la ex periodista de ABC a la que había prometido por correo electrónico ir a recoger al aeropuerto?

Por fin encontré su número de teléfono en un trozo de papel arrugado al fondo de mi bolso. Pero no tenía modo de llamarlo; precavida, había cargado mi móvil inglés pero mi tarjeta SIM londinense no funcionaba aquí en Kabul. Tanta preparación para esto.

Pasaron diez minutos, luego veinte. Seguía sin haber rastro de Mohamad. Me imaginé cinco días después todavía atrapada en el aeropuerto de Kabul. Al ver a las familias afganas salir a toda prisa y alegres por las puertas de cristal me

sentí más sola que cuando estaba en la Terminal II de Dubai a las tres de la madrugada. Sólo me tranquilizaban un poco los soldados británicos que pululaban muy serios alrededor de enormes tanques de la OTAN enfrente del aeropuerto. En el peor de los casos, pensé, podría ir a los británicos y pedirles que me ayudaran. Nunca antes había encontrado tranquilizador ver un tanque en el aeropuerto.

Finalmente vi a un hombre con barba de unos veintitantos años que vendía tarjetas de teléfono, caramelos y zumos en una esquinita junto a la puerta principal del aeropuerto. Saqué un billete de cinco dólares, esboqué una gran sonrisa y le pregunté en inglés si podía usar su teléfono. Me sonrió y me lo dejó.

—Mohamad —grité con mucha fuerza para asegurarme de que me podía oír—. Hola, hola, soy Gayle, la periodista americana. Estoy en el aeropuerto. ¿Dónde estás?

—Hola, Gayle —dijo calmado—. Estoy en el aparcamiento; llevo aquí dos horas. No nos dejan acercarnos por temas de seguridad. Sigue simplemente a la gente; te espero fuera.

Claro, restricciones de seguridad. ¿Cómo no había pensado en eso?

Empujé mi carrito metálico que estaba abarrotado de cosas y recorrí una distancia de dos campos de fútbol hasta llegar a un aparcamiento que se encontraba a kilómetros de distancia de los tanques y de los soldados británicos. Allí, tal y como había prometido, estaba Mohamad, que sonreía de manera afectuosa.

—Bienvenida a Kabul —dijo mientras cogía mi macuto verde de la marca Eddie Bauer lleno de linternas, leotardos y mantas de lana que había comprado específicamente para este viaje. Me pregunté a cuántos extranjeros tan ingenuos como yo habría recibido Mohamad en el aeropuerto de esta manera. Él había trabajado con periodistas durante años y él mismo también era periodista. Una amiga de la CBS News de Londres me había insistido en contratarlo

porque sabía que era muy profesional, con mucha experiencia y de fiar; justo lo que necesitaba en Kabul en el invierno de 2005, una época en la que los ataques esporádicos de cohetes y los bombardeos se habían intensificado y se habían convertido en una verdadera insurgencia. En este momento me sentí sumamente agradecida por la insistencia de mi amiga.

Las calles de la capital afgana eran una cacofonía desenfrenada formada por cojos con muletas, coches rotos unidos con cinta adhesiva, burros, bicicletas arrastrando contenedores de combustible y coches todoterreno norteamericanos peleando por tener preferencia sin semáforos que los guiaran y sólo unos cuantos policías regulando el paso. La suciedad del aire de Kabul se aferraba a todo: pulmones, jerséis, pañuelos y ventanas. Era un recuerdo de décadas de guerra en la que todo, desde los árboles hasta el sistema de alcantarillado, había sido destrozado.

Nunca había visto un Lejano Oeste tan urbano. Los conductores pegaban el morro de sus coches a tan sólo unos centímetros de nuestro Toyota Corolla y luego de repente volvían a toda prisa a su carril. Se oía música afgana a todo volumen, procedente de los Toyota, Honda y Mercedes que estaban en el atasco junto a nosotros. En la ciudad reinaba el clamor de las bocinas. Unos hombres mayores de pelo canoso y con mantas de lana colgando sobre los hombros caminaban entre los coches y detenían el tráfico sin prestar atención a los vehículos que venían. Era evidente que ellos —y todo el mundo— estaba acostumbrado a este jaleo alocado y caos sin apenas control que era Kabul.

Yo no lo estaba. Yo era una principiante.

Eran mis vacaciones de Navidad del segundo año de mis estudios de MBA en la Escuela de Negocios de Harvard. El periodismo siempre había sido mi vida, pero un año antes dejé mi trabajo cubriendo campañas presidenciales para la sección de Política de ABC News, en la que había pasado la mayor parte de mi vida adulta. Con treinta años di el gran

salto y decidí seguir mi pasión por el desarrollo internacional, segura de que si no dejaba ahora mi trabajo no lo haría nunca. Por lo que salí de mi calentito cascarón y mi mundo en Washington DC para realizar mis estudios de posgrado. Lo primero que hice fue empezar a buscar un tema con historias que fueran noticia y que no estuviera cubriendo nadie más. Historias que importaran al mundo.

El asunto que me interesaba era el de las mujeres que trabajan en zonas de guerra: un modo de actividad empresarial especialmente audaz e inspirador que ocurre a menudo en el meollo de los conflictos más peligrosos del mundo y durante sus postrimerías.

Empecé mi investigación en Ruanda. Fui para ver en primera persona cómo las mujeres participaban en la reconstrucción de su país creando oportunidades empresariales para ellas y para otras personas. Después del genocidio de 1994 tres cuartas partes de los ciudadanos de Ruanda eran mujeres; una década después seguían siendo la mayoría. Los oficiales internacionales —todos hombres— de Kigali, la capital, me dijeron que no había noticia alguna, que las mujeres no eran dueñas de pequeños negocios de Ruanda, que tan sólo trabajaban en el sector mucho menos lucrativo de las microfinanzas, vendiendo fruta y artesanía en pequeños puestos al lado de la carretera. Mi trabajo de investigación me demostró que estaban equivocados: encontré mujeres que eran dueñas de gasolineras y que dirigían hoteles. Y las vendedoras de fruta que entrevisté estaban exportando sus aguacates y plátanos a Europa dos veces a la semana. Al poco tiempo publiqué un artículo en *Financial Times* sobre algunas de las empresarias con más éxito que conocí, entre las que se incluía una mujer de negocios que vendía cestos a Macy's, la cadena de grandes almacenes más famosa de Nueva York.

Ahora, tan sólo unos meses después, estaba en Kabul, de nuevo para informar para *Financial Times* de un fenómeno sorprendente: el de una nueva generación de mujeres de

negocios que había surgido tras la toma del poder de los talibanes. También había prometido encontrar a una protagonista porque la Escuela de Negocios de Harvard quería enseñar el estudio de un caso práctico al año siguiente. Mis ex compañeros de las noticias habían tratado de ayudarme a prepararme para Kabul y me abrieron el camino dándome sus contactos, pero en cuanto aterricé me di cuenta de lo poco que realmente sabía del país.

Lo único que tenía era el deseo ardiente de conseguir una historia que fuera noticia.

La mayoría de las historias que versan sobre la guerra y sus postrimerías se centran inevitablemente en los hombres: los soldados, los ex combatientes de guerra, los hombres de Estado. Yo quería saber cómo era la guerra para las personas que se habían quedado atrás, las mujeres que consiguieron tirar hacia delante incluso cuando se desmoronaba el mundo que las rodeaba. La guerra reestructura las vidas de las mujeres y a menudo las obliga, de manera inesperada —y sin estar preparadas—, a convertirse en el sostén familiar. Están al cargo de la supervivencia de sus familias y se inventan los modos de mantener a sus hijos y a sus comunidades. Pero sus historias apenas se conocen. Estamos mucho más acostumbrados —y familiarizados— a ver a las mujeres retratadas como víctimas de guerra que se merecen nuestra compasión más que como fuertes supervivientes dignas de nuestro respeto. Estaba dispuesta a cambiar esto.

Por lo que vine a Kabul en busca de esta historia. La situación de las mujeres afganas había conseguido atraer la atención mundial después de la expulsión de los talibanes a manos de las fuerzas americanas y afganas, que prosiguió a los ataques terroristas del 11 de septiembre de 2001. Estaba ansiosa por ver qué tipo de empresas abrían las mujeres en un país en el que habían tenido prohibido ir a la escuela y a las oficinas tan sólo cuatro años antes. Me traje de Boston cuatro páginas con interlineado sencillo y bien grapadas con el nombre y el correo electrónico de posibles fuentes,

producto de semanas hablando con reporteros de televisión, periodistas, contactos de Harvard y voluntarios de la región.

Hablé con Mohamad sobre posibles ideas para la entrevista. Mientras nos tomábamos tazas de té en el vestíbulo vacío de un hotel frecuentado por periodistas le pregunté si conocía a alguna mujer que tuviera su propio negocio. Se rio. «Sabes que los hombres de Afganistán no se implican en el trabajo de las mujeres». Pero después de pensar unos segundos me miró y admitió que sí, que había oído de algunas mujeres que habían abierto sus propias empresas. Esperaba que estuviera en lo cierto.

A medida que pasaban los días revisaba la lista de las posibles mujeres a las que entrevistar pero seguía sin tener suerte. Muchos de los nombres de las mujeres que me habían dado dirigían organizaciones no gubernamentales u ONG, lo que no eran empresas en absoluto. De hecho, me dijeron que cuando la comunidad internacional entró por primera vez en Afganistán de forma masiva en 2002 era más fácil registrar una ONG que una empresa. Los incentivos los fijaron antes. Podía ser que los oficiales norteamericanos que estaban en Washington y Kabul hubieran estado abogando por las mujeres de negocios afganas, celebrando actos públicos y gastando millones de dólares del gobierno en su nombre, pero yo estaba aquí peleándome para encontrar a una mujer empresaria con un plan de negocios viable. ¿Seguro que estaban ahí fuera y que yo simplemente no había mirado bien?

Se acercaba mi fecha tope y me estaba empezando a temer que volvería a casa con las manos vacías y decepcionaría tanto a *Financial Times* como a mi profesor de Harvard. Entonces, por fin, una mujer que trabajaba para Bpeace, una organización de Nueva York sin ánimo de lucro, me habló de Kamila Sidiqi, una joven modista que se había convertido en una empresaria de éxito. No sólo tenía su propia empresa, según me habían dicho, sino que había empezado su ne-

gocio de manera insólita cuando era una adolescente durante la era talibán.

Por fin sentí una punzada de emoción como reportera, la apasionante descarga de adrenalina ante una noticia por la que viven los periodistas. La idea de una mujer con burka que fuera el sostén familiar y que empezara un negocio delante de las narices de los talibanes era extraordinaria. Al igual que la mayoría de los extranjeros me había imaginado a las mujeres afganas durante los años del régimen talibán como prisioneras mudas —y pasivas— a la espera de que terminara su prolongado arresto domiciliario. Estaba fascinada y ansiosa por conocer más.

Cuanto más investigaba más cuenta me daba de que Kamila sólo era una de las muchas jóvenes que habían trabajado durante los años del régimen talibán. Impulsadas por la necesidad de ganar dinero para mantener a sus familias y seres queridos tras el derrumbe de la economía de Kabul, debido al peso de la guerra y a la mala administración, estas mujeres convirtieron los pequeños comienzos en grandes oportunidades y se inventaron formas de eludir las normas. Tal y como han hecho siempre todas las mujeres del mundo, encontraron el modo de ayudar a sus familias. Aprendieron a manejar el sistema e incluso a prosperar en él.

Algunas trabajaban en ONG extranjeras, a menudo en el área de la salud de la mujer, que fueron las únicas que siguieron funcionando con el permiso de los talibanes. Las doctoras pudieron seguir trabajando. Lo mismo sucedió con las mujeres que se dedicaban a ayudar a otras mujeres a enseñarles las prácticas básicas de higiene y sanidad. Otras eran profesoras en escuelas clandestinas que daban todo tipo de clases a mujeres y niñas, desde lecciones de Microsoft Windows, matemáticas y dari como del Sagrado Corán. Estas sesiones de estudio se llevaron a cabo por todo Kabul en casas de particulares o, todavía mejor, en hospitales para mujeres, el único lugar seguro permitido por los talibanes. Pero las mujeres nunca podían bajar la guardia.

Las clases paraban de inmediato en cuanto alguien corría por algún pasillo para avisar de que llegaban los talibanes. Otras incluso, como Kamila, empezaron negocios en sus propias casas y arriesgaron su seguridad para encontrar compradores de los artículos que producían. Aunque las vocaciones de estas mujeres diferían, tenían una cosa en común: su trabajo suponía la diferencia entre que sus familias se murieran de hambre o sobrevivieran. Y todas ellas lo consiguieron solas.

Nadie ha contado con detalle las historias de estas heroínas. Hubo emotivos diarios que captaron la brutalidad y la desesperación de las vidas de las mujeres bajo el régimen talibán y libros inspiradores sobre mujeres que crearon nuevas oportunidades después de que los talibanes hubieran sido obligados a retirarse. Pero esta historia era diferente: se trataba de mujeres afganas que se ayudaron las unas a las otras cuando el mundo exterior se había olvidado de ellas. Se ayudaron a sí mismas y a sus comunidades sin contar con su país, pobre y deshecho, y rediseñaron su propio futuro en el proceso.

Kamila es una de estas jóvenes mujeres y, a juzgar por el gran impacto que su trabajo ha tenido en el Afganistán de hoy día, es justo decir que se encuentra entre las mujeres con más visión de futuro. Su historia nos dice mucho sobre el país al que mandamos nuestras tropas casi una década después de que los soldados talibanes dejaran de patrullar las calles al otro lado de la puerta de su casa. Y sirve como ejemplo para ver si los pequeños avances de la década pasada habrán sido un nuevo comienzo para las mujeres afganas o algo fugaz que desaparecerá cuando desaparezcan los extranjeros.

Tomar la decisión de escribir sobre Kamila fue fácil. Hacerlo, en cambio, no. La seguridad se desmoronó durante los años que pasé entrevistando a la familia de Kamila, a sus amigas y a sus compañeras de trabajo. Los atentados suicidas y los ataques de cohetes aterrorizaban a la ciudad con cada vez mayor frecuencia y potencia. Al final se hicie-

ron lo bastante sofisticados y continuados como para dejar encerrados a los kabulíes en sus casas y oficinas durante horas. Hasta Mohamad, persona normalmente estoica, a veces se mostraba nervioso y me traía el pañuelo negro de estilo iraní de su mujer para ayudarme a parecer más «local». Después de cada altercado llamaba a mi marido para decirle que todo estaba bien y le pedía que no prestara demasiada atención a las terribles noticias que aparecían en su alerta de Google sobre «Afganistán». Mientras tanto, los muros de cemento de todo Kabul se erguían más y más altos y los alambres de púas que los rodeaban cada vez eran más gruesos. Todo el mundo en Kabul, incluida yo misma, aprendió a vivir con guardias fuertemente armados y numerosos controles de seguridad cada vez que entrabas en un edificio. Los insurgentes y los delincuentes empezaron a raptar a periodistas extranjeros y voluntarios de sus casas y sus coches, a veces por dinero y otras veces por temas políticos. Mis amigos periodistas y yo nos pasábamos las horas intercambiando los rumores que habíamos oído sobre ataques y posibles ataques y nos mandábamos mensajes de texto los unos a los otros cuando las alertas de seguridad avisaban de los barrios que debíamos evitar ese día. Una tarde, después de un día intenso de entrevistas, recibí una llamada de la Embajada Americana y me preguntaron preocupados si era yo la escritora americana a la que habían secuestrado el día anterior. Les aseguré que no era yo.

La realidad empeoraba y eso complicaba mi trabajo. Las chicas afganas que trabajaron con Kamila durante la era talibán eran más reticentes a quedar conmigo debido al miedo, ya que sus familias o sus jefes no querían llamar la atención con la visita de un extranjero. Otras se negaron completamente a hacerlo por miedo a que sus colegas se enteraran.

—¿No sabes que los talibanes están volviendo? —me preguntó una mujer con un susurro nervioso. En ese momento trabajaba para Naciones Unidas, pero me acababa de contar que durante el régimen talibán trabajó para una

ONG—. Se enteran de todo y si mi marido descubre que he hablado contigo se divorciará de mí.

No sabía qué decir ante eso pero hice todo lo que pude para proteger a las personas a las que entrevisté y a mí misma: me vestí de una manera todavía más conservadora que las mujeres afganas que me rodeaban; me ponía mis propios pañuelos que había comprado en una tienda de ropa islámica en Anaheim, California, y aprendí a hablar dari. Cuando llegaba a las tiendas y a las oficinas para las entrevistas me mantenía en silencio todo el tiempo posible y dejaba que Mohamad hablara con los guardias de seguridad y los recepcionistas de mi parte. Sabía que cuanto más inadvertida pasara más seguro sería para todos.

Uno de los días de mi investigación coincidió con un temprano ataque contra una casa de huéspedes de Naciones Unidas que mató a cinco trabajadores de la ONU. Muchas de las noches siguientes, cada vez que oía al gato del vecino caminar por las planchas de plástico que aislaban nuestro tejado, saltaba de la cama directa a mis zapatillas. Pensaba que el ruido era alguien tratando de forzar la puerta. Una amiga me sugirió, medio en broma, que consiguiera un AK-47 para defenderme de posibles agresores. Dije que sí de inmediato pero a mis compañeras de piso les preocupaba que dada mi escasa experiencia con las armas acabara siendo más peligroso que otra cosa.

Kamila y sus hermanas también temían por mi seguridad.

—¿No estás preocupada? ¿Qué dice tu familia? —me preguntó Malika, la hermana mayor de Kamila—. En este momento es muy peligroso para los extranjeros estar aquí.

Les recordé que ellas nunca dejaron de trabajar y eso que lo habían pasado mucho peor. ¿Por qué debería hacerlo yo? Trataron de protestar pero sabían que tenía razón: ellas habían salido hacia delante durante los años del régimen talibán a pesar de los peligros, no sólo porque tuvieran que hacerlo sino porque creían en lo que estaban haciendo. Igual que yo.

El hecho de que me quedara en Kabul en ese momento —y de que siguiera volviendo año tras año— hizo que me ganara su respeto y se consolidara nuestra amistad. Y cuanto más aprendía sobre la familia de Kamila —su compromiso con la religión, con la educación, su deseo de cambiar las cosas en su país—, más crecía mi estima hacia ellos. Traté de seguir su ejemplo.

Con el tiempo la familia de Kamila se convirtió en parte de la mía. Una de sus hermanas me ayudaba con el *dari* mientras la otra preparaba deliciosas cenas tradicionales afganas de arroz, coliflor y patatas para su invitada americana vegetariana. Cuando me iba por las noches, siempre insistían en comprobar que mi coche estaba fuera antes de dejarme que me pusiera los zapatos para irme. Pasábamos las tardes sentadas descalzas en el salón de su casa, bebiendo té y picando *toot*, bayas secas del norte. Cuando no estábamos trabajando, intercambiábamos historias sobre nuestros maridos, la política o sobre la «situación», término que todo el mundo usaba para referirse de manera eufemística a la seguridad en Kabul. Cantábamos y bailábamos con las preciosas sobrinitas de Kamila. Y nos preocupábamos las unas por las otras.

Lo que encontré en Kabul fue una comunidad de mujeres diferente a cualquiera que hubiera visto antes, marcada por la empatía, las risas, el coraje, la curiosidad por el mundo y, por encima de todo, la pasión por el trabajo. Lo vi la primera vez que conocí a Kamila: tenía delante a una mujer joven que creía con todo su corazón que si empezaba su propio negocio y ayudaba a otras mujeres a hacer lo mismo podía ayudar a salvar a su país, que tanto había sufrido. La periodista que llevo dentro necesitaba saber: ¿de dónde venía tal pasión, tal vocación? ¿Y qué nos dice la historia de Kamila sobre el futuro de Afganistán y sobre la implicación norteamericana en este país?

Ésta es la historia que me propuse contar. Y éstas son las preguntas que me propuse responder.

1

Llegan las noticias y todo cambia

—Kamila Jan, tengo el honor de entregarte tu certificado.

El hombre bajito de pelo canoso y marcadas arrugas habló con orgullo mientras le daba a la joven un documento de aspecto oficial. Kamila cogió el papel y lo leyó:

«Se certifica que Kamila Sidiqi ha completado con éxito sus estudios en el Instituto de Formación de Profesorado de Sayed Jamaluddin».

Kabul, Afganistán
Septiembre de 1996

—Gracias Agha —dijo Kamila. Su cara esbozó una cálida sonrisa. Era la segunda mujer de su familia que terminaba sus dos años de estudios en Sayed Jamaluddin; Malika, su hermana mayor, se había graduado varios años antes y ahora era profesora de secundaria en Kabul. Malika, sin

embargo, cuando iba y volvía de clase no tuvo que enfrentarse a los constantes bombardeos y ataques de cohetes de la guerra civil.

Kamila se aferró al preciado documento. Su pañuelo caía suelto y a veces se resbalaba hacia atrás y dejaba ver unos cuantos mechones de su pelo castaño, ondulado a la altura de los hombros. Debajo del dobladillo de su abrigo que llegaba hasta el suelo asomaban unos pantalones negros y anchos y unos tacones finos, bajos y oscuros. Las mujeres de Kabul eran famosas por llevar al límite las convenciones de su tradicional país a la hora de vestir, y Kamila no era una excepción. Hasta que los líderes de la resistencia antisoviética, los muyaidines («guerreros santos»), derrocaron al gobierno del Dr. Najib respaldado por Moscú en 1992, muchas mujeres kabulíes iban por la cosmopolita capital vestidas al estilo occidental y con las cabezas al descubierto. Pero ahora, sólo cuatro años más tarde, los muyaidines delimitaron el espacio público de las mujeres y fijaron un atuendo mucho más estricto; mandaron separar las oficinas en las de hombres y las de mujeres y obligaron el uso de pañuelos y ropa ancha y recatada. Las mujeres kabulíes, jóvenes y mayores, se vestían así, aunque muchas —como Kamila— daban un poco de color a las reglas y se ponían unos zapatos elegantes debajo de sus túnicas negras sin forma.

Eso quedaba muy lejos de las décadas de 1950 y de 1960, cuando las mujeres afganas iban vestidas a la moda y caminaban por la capital con trajes de falda de estilo europeo y pañuelos elegantes a juego. En la de 1970 las estudiantes de la Universidad de Kabul escandalizaron a los campesinos rurales más conservadores con faldas por la rodilla y zapatos estilosos. Las manifestaciones universitarias y el revuelo político marcaron esos años de agitación. Pero eso fue mucho antes de la época de Kamila: ella había nacido sólo dos años antes de la invasión soviética en Afganistán en 1979, una ocupación que dio lugar a una larga lucha de resistencia afgana durante toda una década a manos de los muyaidines,

cuyas fuerzas al final desgastaron a los rusos. Casi dos décadas después de que el primer tanque ruso entrara en Afganistán, Kamila y sus amigas no habían experimentado la paz. Justo inmediatamente después de que los soviéticos, derrotados al fin, abandonaran su país en 1992, los triunfadores comandantes muyaidines empezaron a luchar entre sí por el control de Kabul. La brutalidad de la guerra civil dejó anonadado al pueblo de Kabul. De noche, las calles de los vecindarios se convertían en el frente de las facciones en disputa, que se disparaban los unos a los otros a muy corta distancia.

A pesar de la guerra civil la familia de Kamila y decenas de miles de otros kabulíes fueron a la escuela y trabajaron todo lo que pudieron, incluso cuando la mayoría de sus amigos y sus familias decidieron huir en busca de refugio a los países vecinos de Pakistán e Irán. Ahora que Kamila tenía en su poder su nuevo título de profesora, pronto empezaría sus estudios en el Instituto Pedagógico de Kabul, una universidad mixta fundada a principios de la década de 1980 durante los años de la reforma educativa soviética, que supuso el aumento de instituciones estatales. Después de dos años obtendría sus estudios de Grado y empezaría su carrera docente en Kabul. Deseaba convertirse en profesora de Dari o quizá algún día incluso de Literatura.

Sin embargo, a pesar de todos sus años de trabajo duro y sus planes optimistas de futuro, Kamila no contó con una alegre fiesta de graduación para celebrar su gran logro. La guerra civil había acabado con la majestuosa arquitectura de la capital y los barrios de clase media, de modo que la ciudad se había transformado en un conjunto de carreteras destrazadas, sistemas de agua rotos y edificios que se venían abajo. Los cohetes lanzados por los comandantes enfrentados formaban a menudo un arco en el horizonte de Kabul para luego caer en las calles de la capital y matar a sus residentes de manera indiscriminada. Meros eventos cotidianos como las fiestas de graduación se habían vuelto demasiado peligrosos

como para siquiera considerar celebrarlos, ni que decir tiene asistir a ellos.

Kamila colocó su título pulcramente impreso en una firme carpeta marrón y salió de la oficina de secretaría. Dejaba detrás de ella una fila de chicas jóvenes que estaban esperando recibir sus diplomas. Al avanzar por un estrecho pasillo de ventanas hasta el techo, que daban a la entrada principal de Sayed Jamaluddin, pasó por delante de dos chicas que estaban absortas en una conversación en medio del abarrotado vestíbulo. No pudo evitar escucharlas.

—He oído que van a llegar hoy —dijo la primera chica a su amiga.

—Mi primo me ha dicho que están justo a las afueras de Kabul —respondió la otra con un susurro.

Kamila supo de inmediato de quiénes hablaban: los talibanes, cuya llegada ahora parecía completamente inevitable. Las noticias viajaban a una velocidad sorprendente en la capital a través de una red de gran alcance formada por familias numerosas que conectaban las provincias de todo Afganistán. Los rumores de la llegada del nuevo régimen eran constantes y se decía que las mujeres estaban en el punto de mira. A veces en las regiones rurales más remotas y más difíciles de controlar se podían hacer concesiones a las mujeres jóvenes, pero los talibanes actuaron con rapidez para hacerse con el control de las áreas urbanas. Hasta ahora habían ganado todas las batallas.

Kamila se quedó de pie en silencio en el vestíbulo de la escuela a la que tanto le había costado asistir, a pesar de todos los peligros, y escuchó a sus compañeras de clase con un creciente sentimiento de desasosiego. Se acercó un poco más para poder escuchar la conversación de las chicas con mayor claridad.

—Han cerrado las escuelas para niñas de Herat —dijo la morena de nariz afilada. Su voz irradiaba preocupación. Los talibanes habían tomado esa ciudad occidental un año antes—. Mi hermana ha oído que las mujeres no podrán si-

quiera salir de casa una vez que tengan el mando. Y pensábamos que habíamos pasado por lo peor.

—Vamos, a lo mejor no es tan malo —respondió la amiga a la vez que le cogía la mano—. Puede que de verdad traigan un poco de paz, si Dios quiere.

Kamila bajó las escaleras a toda prisa con la carpeta bien sujeta con las dos manos para subirse al autobús que la llevaría a su casa en el barrio de Khair Khana. Sólo unos meses antes había tenido que caminar los once kilómetros que había de distancia entre la escuela y su hogar porque un cohete aterrizó en medio de Karteh Char, barrio en el que estaba situada la escuela, y dañó el tejado de un hospital destinado a las fuerzas de seguridad del gobierno. Ese altercado acabó con el servicio de autobuses de la ciudad durante toda esa tarde.

Todo el mundo en Kabul se había acostumbrado a resguardarse entre soportales o sótanos cuando oían el ahora familiar ruido de los cohetes acercándose. Un año atrás el instituto de formación de profesorado trasladó sus clases de Karteh Char, que sufría ataques constantes de cohetes y fuego de morteros, a un lugar que el director esperaba que fuera más seguro y que en su día fue un elegante instituto francés en el centro de la ciudad. Sin embargo, no mucho después otro cohete que apuntaba al contiguo Ministerio de Interior aterrizó justo enfrente del nuevo hogar de la escuela.

Todos estos recuerdos pasaron a toda velocidad por la mente de Kamila mientras se subía al oxidado autobús de color azul claro llamado Millie y se sentaba en su asiento. Se apoyó en la ventana embarrada y escuchó a las chicas que estaban alrededor mientras el autobús empezaba a maniobrar de forma abrupta por las calles destrozadas de Karteh Char. Todo el mundo tenía su propia versión de lo que el nuevo régimen depararía a los ciudadanos de Kabul.

—A lo mejor hacen que la ciudad sea más segura —dijo una chica que estaba sentada unas filas detrás de Kamila.

—No lo creo —contestó su amiga—. He oído en la radio que cuando vengan van a prohibir las escuelas o cualquier cosa parecida. Y el trabajo también. No podremos salir de casa a no ser que digan lo contrario. A lo mejor sólo están aquí unos meses...

Kamila miró por la ventana y trató de desconectar de las conversaciones circundantes. Sabía que la chica probablemente estaba en lo cierto, pero no podía soportar pensar cómo le afectaría eso a ella y a sus cuatro hermanas pequeñas que todavía vivían en casa. Observó a los tenderos realizar su diaria tarea de cerrar sus tiendas de comestibles, de fotos y puestos con productos de panadería en las polvorientas calles de la ciudad. En los últimos cuatro años los escaparates de las tiendas se habían convertido en un barómetro de la violencia del día: si las puertas estaban abiertas de par en par significaba que la vida continuaba, incluso aunque a veces se viera inundada por el ruido de un fuego de cohete a lo lejos. Pero cuando estaban cerradas en plena luz del día los kabulíes sabían que el peligro amenazaba cerca y que lo mejor para ellos también sería quedarse dentro de sus casas.

El viejo autobús dio tumbos entre el petardeo del tubo de escape y finalmente llegó a la parada de Kamila. Khair Khana, un barrio del norte de Kabul, era el hogar de una gran comunidad de tayikos, el segundo grupo étnico más grande de Afganistán. Igual que la mayor parte de las familias tayikas los padres de Kamila procedían del norte del país. El sur era tradicionalmente tierra de los pastunes. El padre de Kamila se había trasladado con su familia a Khair Khana en sus últimos años de servicio como oficial militar superior para el Ejército afgano, con el que había servido a su país durante más de tres décadas. Kabul, pensó en ese momento, era la mejor opción para ofrecerles una buena educación a sus nueve hijas. Y creía que la educación era algo fundamental para sus hijos, su familia y para el futuro de su país.

Kamila caminó apresurada por la calle polvorienta con el pañuelo sujeto sobre la boca para evitar inhalar el mugriento hollín de la ciudad. Pasó por delante de los pequeños escaparates de las tiendas de comestibles y de los carritos de madera con verduras donde los vendedores ambulantes vendían patatas y zanahorias. Novias sonrientes llenas de flores junto a los novios la miraban fijamente desde las fotos de boda que colgaban de la pared de una tienda de fotos. De la panadería venía el delicioso olor a pan *naan* recién hecho y después le siguió una carnicería con grandes trozos de carne de color rojo oscuro colgados en ganchos de acero. Mientras caminaba Kamila oyó a dos vendedores intercambiándose las historias del día. Igual que todos los kabulíes que se quedaron en la capital, estos hombres se habían acostumbrado a ver a los regímenes ir y venir y enseguida percibían un inminente colapso. El primero, un hombre bajo con poco pelo y profundas arrugas, estaba comentando que su primo le había dicho que las fuerzas de Masoud estaban cargando los camiones y huyendo de la capital. El otro hombre negó con la cabeza mostrando desacuerdo.

—Veremos qué nos espera ahora—dijo—. Ojalá que las cosas mejoren, *Inshallah*. Aunque lo dudo.

El comandante Ahmed Shah Masoud era el ministro de Defensa del país y un héroe militar del valle tayiko de Panjshim, área que no estaba muy lejos de Parwan, provincia de la que procedía la familia de Kamila. Durante los años de resistencia contra los rusos las fuerzas de Najibulá encarcelaron al padre de Kamila por presunto apoyo a Masoud, que era conocido como el León de Panjshir y se encontraba entre los luchadores muyaidines más famosos. Después de que los rusos se retiraran en 1992 las fuerzas fieles a Masoud liberaron al Sr. Sidiqi. Masoud ahora servía al nuevo gobierno del presidente Burhanuddin Raabbani. El Sr. Sidiqi se fue a trabajar con los soldados de Masoud en el norte durante un tiempo hasta que al final decidió jubilarse en Parwan, su tierra natal y el lugar que más quería en el mundo.

Durante todo el periodo que precedió al verano de 1996 Masoud había jurado detener la ofensiva de los talibanes, aunque los incesantes bombardeos de la capital continuaban y las fuerzas talibanas tomaban una ciudad tras otra. Si de verdad los soldados del gobierno estaban recogiendo y saliendo de Kabul, pensó Kamila, los talibanes no podían estar muy lejos. Aumentó la velocidad y mantuvo los ojos en el suelo. No había necesidad de buscar problemas. Cuando estaba llegando a la verja metálica y verde de su casa en la esquina de la calle principal de Khair Khana, que siempre estaba atestada de tráfico, suspiró aliviada. Nunca había estado tan contenta de vivir tan cerca de la parada del autobús.

En cuanto la gran verja verde se cerró detrás de Kamila su madre, Ruhasva, salió a toda prisa al pequeño jardín para abrazar a su hija. Era una mujer diminuta con algunas canas que enmarcaban una cara redonda y amable. Dio un beso a Kamila en las dos mejillas y la abrazó con fuerza. La Sra. Sidiqi se había pasado toda la mañana escuchando rumores de la inminente llegada de los talibanes y había estado dos horas andando de un lado a otro del salón de su casa preocupada por la seguridad de su hija.

Por fin en casa, junto a su familia y la noche cayendo, Kamila se sentó en un cojín aterciopelado del salón. Cogió uno de sus libros favoritos, una manoseada colección de poemas, y encendió un quinqué con un fósforo que se encontraba dentro de las pequeñas cajas de cerillas rojas y blancas que la familia guardaba en casa para ese fin. La electricidad era un lujo; llegaba de manera impredecible y durante tan sólo una hora o dos al día, si acaso, y todo el mundo había aprendido a adaptarse a vivir en la oscuridad. Tenían por delante una larga noche y esperaban preocupados para ver qué sucedería a continuación. El Sr. Sidiqi no dijo nada cuando se acercó a su hija y se sentó en el suelo junto a la radio para escuchar las noticias de la BBC en Londres.

A tan sólo seis kilómetros de distancia Malika, la hermana mayor de Kamila, por fin se podía relajar después de un día mucho más ajetreado.

—Mami, no me siento bien —dijo Hossein.

Tenía 4 años y era el segundo hijo de Malika y el favorito de su tía Kamila. Ella jugaba con él en el jardín baldío de la familia en Khair Khana y juntos contaban las cabras y las ovejas que a veces pasaban por ahí. Hoy su cuerpecito era preso de un dolor de estómago y diarrea, que había empeorado con el transcurso de la tarde. Se recostó en el suelo del salón en una cama de cojines que Malika había hecho en medio de la gran alfombra roja. Hossein respiraba con dificultad mientras se adormilaba y se volvía a despertar al tratar de conciliar el sueño.

Malika analizó a Hossein y pensó cómo se las apañaría. Estaba embarazada de varios meses de su tercer hijo y se había pasado el día en casa porque su vecino la había avisado a primera hora de la mañana de que no fuera a trabajar porque los talibanes estaban llegando. Se puso a coser distraída los trozos de tela de rayón del traje que estaba haciendo a una vecina y observó con creciente preocupación cómo empeoraba la salud de Hossein. Tenía la frente cubierta de gotas de sudor y los brazos y las piernas pegajosos. Necesitaba un médico.

Malika eligió de su armario el chador o pañuelo más grande que tenía. Tuvo cuidado para cubrirse no sólo la cabeza sino la parte inferior de la cara también. Como la mayoría de las mujeres cultas de Kabul, solía ponerse el pañuelo de modo que cayera suelto por el pelo y los hombros. Pero hoy era diferente; si los talibanes realmente estaban de camino a Kabul exigirían que las mujeres se cubrieran por completo con un burka de cuerpo entero conocido en dari como *chadri*; éste no ocultaba sólo la cabeza sino la cara entera. Esta regla ya existía en Herat y Jalalabad, que habían

caído en manos de los talibanes hacía unas semanas. Como Malika no tenía un burka, ese enorme velo era lo más cercano que pudo encontrar para acatar las reglas talibanes. Tenía que bastar.

Cuando su cuñada bajó del apartamento de arriba para cuidar a su hijo mayor, Malika cogió a Hossein en brazos y lo metió debajo de su abrigo negro y holgado. Salió a toda prisa por la puerta con el niño sujeto cerca de su prominente barriga, lista para los diez minutos de paseo que los esperaba hasta llegar a la consulta del médico.

El silencio de la calle asustó a Malika. Normalmente a esta hora, nada más entrada la tarde, su barrio estaba abarrotado de taxis, bicicletas, burros y camiones, pero hoy las calles estaban vacías. Los rumores de la llegada del ejército habían hecho que sus vecinos se quedaran dentro de las casas, detrás de las verjas y con las cortinas de las ventanas echadas. Ahora todo el mundo se dedicaba a esperar y nadie sabía qué pasaría en los próximos días.

Malika se estremeció con el sonido de sus propios tacones al pisar la acera. Fijó la vista en el suelo mientras trataba con dificultad de mantener las amplias capas del pañuelo en su sitio, pero la tela era pesada y no paraba de resbalar por la cabeza, lo que la obligaba a hacer malabarismos con su hijo en brazos y un extraño baile que consistía en colocarse el chal, mantener a su hijo cubierto y caminar lo más rápido que podía. La luz del atardecer empezó a caer sobre las hileras desiguales de casas y las tiendas de Karteh Parwan.

Finalmente Malika tomó una calle a la derecha de la carretera principal y llegó a la consulta. Estaba en el bajo de una maltrecha galería de comercios y todos ellos compartían los mismos suelos de cemento y techos bajos. Unas capas de piedra marrón separaban las tiendas de los apartamentos abalconados que estaban encima. Aliviada de estar dentro y de poder descansar unos segundos se topó con el médico, que había salido de la sala de reconocimiento al oír ruido en la puerta principal.

—Mi hijo tiene fiebre; creo que está muy enfermo —dijo—. Lo he traído lo antes posible.

El médico, un señor mayor al que su familia había visitado durante años, le esbozó una sonrisa amable.

—No hay problema; toma asiento. No llevará mucho tiempo.

Malika sentó a Hossein en una silla de madera en la sala de espera, tenue y vacía. Caminó de un lado a otro tratando de calmarse, se acarició la tripa durante unos segundos y respiró hondo. El pequeño Hossie estaba pálido y tenía los ojos vidriosos e inexpresivos. Malika lo rodeó con los brazos y lo acercó hacia ella.

De repente un ruido de la calle la sorprendió. Malika dio un salto de la silla hacia la ventana. Unas nubes grises sobrevolaban la calle y el cielo se había vuelto negro. Lo primero que pudo reconocer fue un camión oscuro y brillante. Parecía nuevo, desde luego mucho más nuevo que la mayoría de los coches de Kabul. Y entonces vio a tres hombres de pie junto al vehículo. Llevaban puestos unos turbantes bien altos y compactos y en la mano tenían palos alargados que parecían porras. Estaban pegando a algo o a alguien, eso era todo lo que podía ver.

Malika se sobresaltó al darse cuenta de que la figura que estaba acurrucada en el suelo en frente de ellos era una mujer. Yacía en mitad de la calle, hecha un ovillo, y estaba tratando de esquivar los golpes. Pero los hombres no pararon. Malika oyó el sonido atroz de los palos de madera al golpear a la indefensa mujer en la espalda y en las piernas una y otra vez.

—¿Dónde está tu *chadri*? —le gritó uno de los hombres a su víctima a la vez que subía los brazos por encima de la cabeza para golpearla—. ¿Por qué no vas tapada? ¿Qué tipo de mujer eres para salir así?

—Paren —suplicó la mujer—. Por favor, tengan piedad. Llevo puesto un pañuelo. No tengo un *chadri*. ¡Nunca lo hemos tenido que usar antes!

La mujer empezó a sollozar y a Malika se le empezaron a llenar los ojos de lágrimas al contemplar la escena. Sus instintos le decían que corriera a la calle y rescatara a esa pobre mujer de sus agresores. Pero su mente racional sabía que no tenía sentido. Si salía de la consulta del médico, también le darían una paliza. Esos hombres no tendrían ningún problema en pegar a una mujer embarazada, pensó. Y tenía un niño enfermo al que proteger. Por lo que se quedó de pie junto a la ventana impotente mientras escuchaba a la mujer llorar y se secaba sus propias lágrimas.

—¿Te crees que éste es el antiguo régimen? —gritó uno de los jóvenes. Tenía los ojos negros del kohl, cosmético que se ponían los soldados talibanes—. Esto no es como con Dr. Najib o los muyaidines —dijo mientras le volvía a pegar con la porra—. Nosotros creemos en la *sharia*, la ley islámica, y ahora ésa es la ley de esta tierra. Las mujeres deben ir tapadas. Quedas advertida.

Por fin los hombres se subieron al camión y se fueron. La mujer se inclinó con paso vacilante para coger su bolso, que estaba tirado en la calle, y se fue cojeando lentamente.

Malika se dio la vuelta hacia Hossein, que se había acurrucado en la silla y gemía ligeramente. Le temblaban las manos mientras cogía los dedos de su hijo. Igual que la mujer de la calle, Malika era de una generación de mujeres kabulíes que nunca habían conocido la vida debajo del *chadri*. Habían crecido en la capital mucho después de que el primer ministro Mohamed Daoud Khan consintiera el uso voluntario del velo a las mujeres en la década de 1950. El rey Amanullah Khan había tratado de hacer esta misma reforma treinta años antes pero sin éxito. El cambio no se dio hasta que, por fin, en 1959 la propia mujer del primer ministro apareció en la celebración nacional del Día de la Independencia con un pañuelo en lugar de con un *chadri*. Este hecho dejó a la multitud atónita y supuso un momento decisivo para la capital. La siguiente generación de mujeres kabulíes se convirtieron en profesoras, trabajadoras de fábricas, doc-

toras y funcionarias; iban a trabajar con la cabeza ligeramente cubierta y las caras expuestas. Antes de este día las mujeres nunca habían tenido motivos para ponerse o incluso quedarse con los velos integrales de la generación de sus abuelas.

De repente la suerte cambió. Ahora se obligaba a las mujeres a vestir de un modo —y a asumir un estilo de vida— que nunca antes habían conocido, por decisión de unos gobernantes que no habían conocido otra cosa. ¿Era esto lo que le esperaba a ella, también, cuando se fuera de la consulta del médico? A Malika se le aceleró el corazón al preguntarse cómo conseguiría que Hossein y ella volvieran a casa a salvo. Igual que la mujer de la calle, el pañuelo de Malika era grande, pero no lo bastante para cubrirse la cara entera y convencer a los soldados de que se apiadaran de ella. Agarró a Hossein con fuerza, tratando de consolarse a sí misma y a su hijo.

Justo en ese momento volvió el médico.

Después de un chequeo rápido pero exhaustivo aseguró a Malika que no era nada grave. Le mandó tomar muchos líquidos y le dio una receta para que fuera a por los medicamentos. A continuación acompañó a Malika y Hossein de vuelta a la sala de espera. Cuando llegaron a la entrada, Malika se detuvo.

—Doctor, ¿podríamos quedarnos unos minutos más? —Malika apuntó con la barbilla al pequeño que llevaba en brazos—. Necesito descansar un poco antes de volver a casa.

Malika no quería hablar de lo que acababa de ver aunque no se quitaba la imagen de la cabeza. Necesitaba trazar un plan que los sacara de esa situación y los pusiera a salvo.

—Claro —dijo el médico—. Quedaos el tiempo que queráis.

Malika dio vueltas por la sala de espera y rezó pidiendo ayuda. No podía salir a la calle sin un *chadri*, eso estaba claro. Pero no tenía ni idea de cómo se haría con uno.

De repente le dio un vuelco el corazón. Por la ventana vio a Soraya, la profesora de primaria de su hijo mayor, que

caminaba hacia la consulta del médico. Malika reconoció desde la distancia su manera decidida de andar y a continuación vio la cara de la profesora asomar de debajo de su pañuelo oscuro. Llevaba una pequeña bolsa de papel con comida en cada brazo. Malika corrió hacia la puerta. Después de haber analizado la calle para asegurarse de que los talibanes ya no estaban a la vista salió a escondidas de la consulta del médico.

—Soraya Jan —gritó desde la puerta—. Soy Malika, la madre de Saeed.

La profesora se acercó sorprendida y Malika le contó lo que había visto en la calle.

Soraya agitó la cabeza del asombro. Se había pasado la hora anterior comprando las pocas verduras que pudo encontrar para la cena de su familia. Iban a preparar *pilau*, un plato de arroz aromático afgano con pan *naan*, pero estos días se había vuelto muy difícil encontrar comida. El bloqueo de los talibanes ahogaba la ciudad ya que impedía que los camiones que transportaban comida llegaran al 1,2 millones de personas que residían en la capital. Hoy Soraya apenas había conseguido hacerse con unas cuantas patatas y un par de cebollas. En el mercado no se había dejado de rumorear sobre la llegada de los talibanes, pero Malika era la primera persona que conocía que realmente había visto de cerca a los nuevos soldados de la capital.

—Mi casa está justo a la vuelta de la esquina —le dijo Soraya a Malika mientras le cogía la mano—. Venid conmigo y allí pensaremos la forma de conseguirte un *chadri* para volver a casa. No te preocupes; encontraremos una solución.

Malika sonrió por primera vez en el día.

—Gracias, Soraya Jan —dijo—. Te lo agradezco mucho.

Las mujeres caminaron a toda prisa la manzana que había de distancia hasta llegar a la casa de Soraya, que estaba detrás de una verja de un intenso amarillo. No se dirigieron la palabra durante el breve trayecto y Malika se preguntó si Soraya estaría rezando con las mismas fuerzas que ella para

que no las detuvieran. No se podía quitar la imagen de la mujer de la cabeza.

Unos minutos más tarde se sentaron juntas en la cocineta de Soraya. Malika agarró con fuerza un vaso té verde caliente y se relajó por primera vez en horas. Estaba profundamente agradecida del calor que hacía en casa de su amiga y del hecho de que Hossein, que se había tomado una pastilla en la consulta del médico, ya se sintiera un poco mejor.

—Tengo un plan, Malika —anunció Soraya. Llamó a su hijo Mohamed, que estaba en la otra habitación. Cuando apareció el pequeño, Soraya le dijo cuál era su próxima misión—. Necesito que vayas a casa de tu tía Orzala. Dile que necesitamos que nos deje uno de sus *chadris* para Tía Malika; dile que se lo devolveremos en unos días. Es muy importante. ¿Vale?

El niño de 8 años asintió con la cabeza.

Tan sólo media hora después el joven Mohamed entró en el salón y le dio a Malika una bolsa de plástico blanca; las asas estaban bien atadas entre sí y dentro había un *chadri* azul.

—Mi tía dice que puedes quedarte con el *chadri* todo el tiempo que necesites —dijo Mohamed con una gran sonrisa.

Malika desdobló la tela, que en realidad eran varias piezas de tejido cosidas a mano. La parte delantera, de unos noventa centímetros de largo, estaba hecha de poliéster con un ribete bordado en la parte inferior y un gorro en la parte de arriba. El lado más largo del *chadri* y las piezas de la parte trasera formaban una ola continua de pliegues en acordeón intrincados y muy meticulosamente prensados que caían hasta casi rozar el suelo. Ponerse esa prenda ahora obligatoria suponía meterse debajo de esos pliegues ondulantes y cerciorarse de que el gorro estaba en su sitio justo para poder tener la mayor visibilidad posible a través de la rejilla destinada a los ojos, que volvía el mundo ligeramente azul.

La familia invitó a Malika a quedarse a cenar, y después de compartir un plato de arroz y patatas a la luz de una

vela en el suelo del salón se levantó y se puso el *chadri*. Le asomaba el bajo de los pantalones de su moderno traje marrón por debajo del velo. Malika sólo se había puesto esa prenda un par de veces antes, cuando fue a visitar a unos familiares de provincias, y ahora encontraba difícil moverse entre las telas y los pliegues resbaladizos. Forcejeó para ver por la pequeña rejilla que sólo medía cinco centímetros de largo y siete y medio centímetros de ancho. Cuando le estaba diciendo el último adiós a la familia de Soraya, se tropezó con la tela.

—Uno de mis hijos os traerá el *chadri* de vuelta enseñada —dijo Malika mientras daba un abrazo a su amiga y salvadora.

Cogió a Hossein de la mano y empezó a caminar hacia casa bajo el cielo estrellado, despacio y con cuidado para asegurarse de no volver a tropezar. Rezó para que los cohetes esperaran a que hubieran llegado a casa sanos y salvos.

Pasaron los días antes de que pudiera ver a su familia en Khair Khana y les contara su angustiada historia. Malika resultó ser una de las primeras personas que experimentó lo que les esperaba. Iba a ser tal y como había predicho la joven en Sayed Jamaluddin.